



LAS EUMÉNIDES

(Εὐμενίδες.)

ESQUILO



LAS EUMÉNIDES

Obra De:

ESQUILO

ATENAS GRECIAS

458 A.C.



PERSONAJES: (F: 4 M: 3 T: 22.)

La Profetisa PITIA.

APOLO.

HERMES.

ORESTES.

Sombra De CLITEMNESTRA

CORO De Euménides. (15.)

ATENEA.

ACOMPAÑANTES.

La acción se inicia en Delfos, ante el templo de APOLO: La profetisa entra por la derecha y se dirige hacia la puerta del templo, que está cerrada. Antes de entrar invoca a los dioses.

LA PITIA: Primeramente, con esta oración honro, entre los dioses, a la primera profetisa, la Tierra; después de ésta a Temis, que, según se dice, se sentó la segunda en este lugar profético de la madre; a su vez como tercera, con el permiso de Temis y sin violencia de nadie, otra Titánida, hija de la Tierra, se estableció, Febe; y ella lo ofrece como



presente natalicio a Febo, que recibe este nombre sacado del de la diosa.

Dejando el lago y la cima rocosa de Delos, arriba a las playas de Palas, frecuentadas de navíos, y llega por fin a esta tierra y las moradas del Parnaso. Le escoltan y grandemente veneran los constructores de caminos, hijos de Hefesto, amansando una tierra salvaje.

A su llegada le tributan grandes honores el pueblo y Delfos, el señor que gobierna este país. Zeus, habiendo llenado su mente de un arte divino, lo coloca, cuarto profeta, en el trono. Y Loxias es hoy el intérprete de su padre Zeus.

A estos dioses me dirijo en el comienzo de mis oraciones. Pero Palas Pronaia tiene en las historias un lugar privilegiado; y también adoro a las ninfas que habitan la gruta de Coricio, grata a las aves, morada de las diosas; Bromio reina allí, no lo olvido, desde el día en que este dios condujo a la lucha a las bacantes y acosando a Penteo como a una liebre le dio muerte.

Invoco, en fin, las fuentes de Plisto, y el poder de Poseidón, y Zeus Supremo, que todo lo cumple; después, profetisa, me



siento, en mi trono. Que los dioses me permitan conseguir obtener ahora, como antes, la mejor entrada posible al santuario Y si hay peregrinos de Grecia, que se aproximen según el turno señalado por la suerte, como es costumbre; pues yo profetizo como me dicta el dios.

(La profetisa entra en el templo y vuelve a salir asustada ante el espectáculo de Orestes rodeado de la Erinis.)

¡Oh! Una escena horrible de decir, horrible de ver, me hace salir del santuario de Loxias, tanto que estoy sin fuerzas ni puedo permanecer de ayuda de pie; corro con ayuda de las manos, no por la agilidad de mis piernas. Una vieja aterrada no es nada, o más bien, es un niño.

Yo iba hacia el fondo del santuario coronado de guirnaldas, cuando veo sobre el ombligo a un hombre odioso a los dioses, sentado, en la actitud de un suplicante, con las manos goteando sangre, una espada recién sacada de una herida y una rama cimea de olivo, cuidadosamente coronada de cintas larguísimas o, para decirlo más claramente, de vellón blanco.



Delante de este hombre, un extraño grupo de mujeres duerme, sentado en sitiales; no mujeres, ¿Qué digo?, Gorgonas; y ni siquiera las compararé a tales figuras. Las he visto poco ha, en un cuadro, llevándose la comida de Fineo; pero éstas no tienen alas, son negras y del todo repugnantes; roncan con resuellos esquivos; de sus ojos destila un horrible lagrimeo; su vestido no es justo llevarlo ni delante de las estatuas de las diosas ni en las mansiones del hombre.

No, nunca he visto la raza de esta tropa, ni sé qué país se jacta de alimentar impunemente tal género sin que se arrepienta de este afán. De lo que sigue, cuídese el propio señor de este palacio, el poderoso Loxias: él es profeta médico, intérprete de prodigos y purificador de las casas ajenas.

(Sale. En el interior del templo están Apolo, Hermes, Orestes y las Erinis.)

APOLO: No, yo no te traicionaré. Hasta el final será tu protector, de cerca, de lejos, y no seré benigno a tus enemigos. Tú ves, ahora, cautivas a esas furiosas: vencidas por el sueño, las vírgenes abominables, viejas muchachas de un antiguo pasado, a



las que nadie se acerca, ni dios, ni hombre, ni bestia.

Nacieron para el mal, ya que habitan las dañinas tinieblas y el tártaro subterráneo, odioso a los hombres y a los dioses olímpicos. Sin embargo, huye y no te acobardes: te perseguirán a través de un vasto continente, por cualquier tierra que pise tu huella vagabunda y allende el mar y las ciudades rodeadas por las olas.

Pero no te canses de pacer tu afán. Y tan pronto llegues a la ciudad de Palas, siéntate rodeando con tus brazos la antigua imagen. Y allí con jueces de nuestra causa y palabras embelesadoras, hallaremos la forma de liberarte por siempre de tus sufrimientos; pues yo te persuadí de matar a tu madre.

ORESTES: Soberano Apolo, tú sabes no ser injusto; puesto que es así, aprende también a no ser negligente. Tu fuerza es garantía de tus beneficios.

APOLO: No te olvides de mis palabras: que el miedo no venza tu corazón. Y tú, sangre fraterna, hija de un padre común, Hermes, guárdalo; fiel a tu nombre, sé el conductor que guíe a mi suplicante. Zeus, en verdad, honra este respeto de los



proscritos, que se presenta a los mortales con próspera suerte.

(Apolo desaparece. Hermes y Orestes salen del templo y se alejan. Aparece la Sombra de Clitemnestra.)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA: ¿Cómo podéis dormir? ¡Ah!

¿Qué necesidad tengo de gente que duerme? Yo, menospreciada así por vosotras entre los restantes muertos, no, ceso de oír reproches en boca de los difuntos porque, maté, y voy errante vergonzosamente. Os declaro que me achacan un gran crimen, y después que he sufrido, un destino terrible de parte de los que más quería, ninguno de los dioses se indigna por mí, degollada por manos matricidas.

Mira estos golpes con tu corazón: porque durmiendo, el alma se ilumina con los ojos, mientras que de día es incapaz de prever la suerte de los mortales. ¿No habéis saboreado a menudo mis ofrendas, libaciones sin vino, brebajes calmantes? ¿No os he ofrecido solemnes banquetes nocturnos sobre un hogar de fuego, en una hora no compartida con los otros



dioses? Y todo esto lo veo pisoteado por tierra.

Éste se ha escapado y huye como un cervato; saltando ágilmente ha salido de las redes y se ha burlado de vosotras. Escuchadme: he hablado porque se trata de mi vida. ¡Recobrad el sentido, diosas subterráneas! En sueños, ahora yo, Clitemnestra, os llamo.

CORO: (Quejido.)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA: Sí, podéis quejaros, pero el hombre se os escapa, muy lejos. Porque tiene amigos, no míos, a quien dirigirse.

CORO: (Quejido.)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA: Duermes demasiado y no tienes compasión de mis sufrimientos. Orestes, el asesino de esta madre, ha desaparecido.

CORO: (Quejido.)

SOMBRA DE CLITEMNESTRA: Refunfuñas, duermes. ¿No te le vantarás pronto? ¿Qué función te ha sido encomendada sino hacer sufrir?

CORO: (Quejido.)



SOMBRA DE CLITEMNESTRA: El sueño y la fatiga, en su conjura soberana, han embotado la furia de la terrible dragona.

CORO: (Doble gemido estridente.) ¡Coge, coge, coge ¡Vigila!

SOMBRA DE CLITEMNESTRA: Persigues en sueños a una fiera y aúllas como un perro que no deja nunca la inquietud de su trabajo. ¿Qué haces? Levántate, no te dejes vencer por el cansancio. Ablandada por el sueño, no olvides el ultraje. Deja atormentar tu corazón con estos justos reproches: para los sensatos sirven de agujones. Y tú lanza tu jadeo sangrante sobre este hombre, consúmelo con tu aliento, con el fuego de tu vientre. Síguelo, marchítalo con otra persecución.

(Desaparece.)

CORIFEYO: Despiértate y despierta a tu vecina, como yo a ti. ¿Duermes? Levántate, cocea el sueño y veamos si hay algo inútil en este preludio.

CORO: ¡Ah, ah! ¡Qué desgracia! ¡Cuánto sufrimiento, amigas!

Mucho, en verdad, he sufrido yo y en vano. Hemos sufrido un infortunio de grave dolor, ¡Oh dioses!, un mal



insuportable. Ha escapado de la red y ha huido la fiera. Vencida del sueño, he perdido la caza. ¡Ah, hijo de Zeus, eres un ladrón! Joven numen, has pisoteado antiguas divinidades.

Honrando a tu suplicante, hombre impío, cruel a sus padres.

Nos has robado a un matricida, tú que eres un dios.

¿Cuál de estas cosas te diré que es justa?

Del fondo de los sueños me ha llegado un reproche y, como un agujijón que el cochero empuña por el miedo, me ha herido el corazón, el hígado. Todavía siento, bajo el látigo de un verdugo feroz, un doloroso, dolorosísimo escalofrío.

Así actúan los dioses jóvenes que todo lo gobiernan injustamente. El sitial que destila sangre de cabeza a pies, el ombligo del mundo, se vé cargado con horrible mácula sangrienta.

Él, que es un adivino, por propio impulso, por propia invitación, ha ensuciado el santuario con una mancha doméstica,



honrando a los mortales contra la ley, los dioses, ha desterrado las antiguas Moiras.

A mí me es odioso y no me lo arrancará; ni que huya debajo de la tierra, nunca será liberado. Siendo un maldito, dondequiera que vaya, encontrará otro vengador sobre su cabeza.

(Aparece Apolo.)

APOLO: ¡Fuera!, os lo mando; salid aceleradamente de esta casa, vaciad el santuario profético, si no queréis recibir la blanca serpiente alada que, saltando del arco de oro, os hará arrojar con dolor la negra espuma sacada de los hombres, vomitando los grumos de sangre que les habéis chupado.

No, no es propio de vosotras acercaros a esta casa, sino allí en donde hay sentencias que cortan cabezas y vacían ojos, donde hay degüellos, donde, con la destrucción de la simiente, se pierde la flor viril de los niños, donde se mutila, donde se lapida, donde gruñen un largo lamento los hombres clavados por la espalda.

¿Oís, monstruos malditos de los dioses, las fiestas que os deleitan? Todo vuestro



aspecto concuerda con estos horrores: vuestra morada propia sería la cueva de un león que se ahíta de sangre y no manchar con vuestra presencia estos lugares proféticos. Id, paced sin pastor: de tal grey ningún dios es amigo.

CORIFEO: Soberano Apolo, escucha a tu vez. Tú mismo eres, no cómplice, sino el único causante, el que tiene la culpa de todo lo que ha sucedido.

APOLO: ¿Cómo? Explica, alarga tus razones.

CORIFEO: Tu oráculo mandó a tu huésped matar a su madre.

APOLO: Mi oráculo le dijo que condujera la venganza de un padre. ¿Qué, pues?

CORIFEO: Y luego te hiciste protector de la sangre reciente.

APOLO: Y le encargué que se refugiara en esta casa.

CORIFEO: ¿Y por qué insultas a esta escolta?

APOLO: Porque no es propia para entrar en mi morada.



CORIFEO: Pero nos ha sido asignada esta tarea.

APOLO: ¿Cuál es esta honorable función? Cuéntame esta antigua prerrogativa.

CORIFEO: Nosotras arrojamos a los matricidas de sus casas.

APOLO: ¿Qué? ¿Y la mujer que se deshace del marido?

CORIFEO: Ella no ha dado muerte a un ser consanguíneo.

APOLO: Tú menosprecias por completo y en nada tienes los pactos nupciales garantizados por Zeus y por Hera. Y Cipris, es rechazada indignadamente por tus razones, ella que otorga a los mortales las más dulces alegrías.

Pues el lecho en donde el destino une al hombre y a la mujer y sobre el cual vela la Justicia, es más fuerte que un juramento. Si con los que se matan entre ellos eres tan benigna que ni te preocupas ni los miras con ira, niego que seas justa desterrando a Orestes; pues veo que hay casos en que mucho te enfadas y otros que los tomas visiblemente con más calma. Pero la diosa Palas juzgará los derechos de ambas partes.



CORIFEO: Mas yo nunca abandonaré a ese hombre.

APOLO: Tú persíguelo, pues, y aumenta tus desgracias.

CORIFEO: No busques con tus palabras cercenar mis honores.

APOLO: No aceptaría tener tales prerrogativas.

CORIFEO: Porque tú, según se dice, eres poderoso al lado de Zeus; pero yo, puesto que me empuja la sangre de una madre, voy con mi venganza tras este hombre y le sigo las huellas.

APOLO: Y yo socorreré a mi suplicante y lo salvaré. Terrible para los mortales y los dioses es la cólera de un suplicante, si alguien lo traiciona voluntariamente.

(El coro sale. La escena cambia. Se ve a Orestes abrazado a la estatua de Atenea, en la acrópolis de Atenas.)

ORESTES: Soberana Atenea, por orden de Loxias he venido; recibe benignamente a un maldito, no manchado ni impuro de manos, sino a uno enervado y gastado de restregarse por casas ajenas y por los caminos de los hombres. Atravesando



igualmente tierra y mar, dócil a los preceptos proféticos de Loxias, llego a tu morada y abrazado a tu imagen, diosa, aquí permanezco esperando el resultado del juicio.

(Llega el coro de las Erinis.)

CORIFEO: Bien; esto es una señal manifiesta del hombre; sigue los indicios del mudo delator. Como un perro a un cervato herido, así nosotras rastreamos las gotas de sangre.

Con tantas agotadoras fatigas, mi pecho jadea; he recorrido toda la Tierra y en vuelo sin alas he pasado por encima de las olas persiguiéndolo ligera como un navío. Y ahora aquí, en algún lugar, se ha acurrucado: el olor de la sangre humana me halaga.

CORO: Mira, mira bien, registra por todas partes, no sea que el matricida en huida furtiva escape sin castigo.

Míralo, de nuevo ha encontrado apoyo. Abrazado a la estatua de una diosa inmortal, quiere someter a juicio la obra de sus manos.

Mas esto no es posible. La sangre materna, una vez derramada, ¡ay!, es



difícil de recoger: el líquido vertido en el suelo desaparece.

Tú, en resarcimiento, de tus miembros todavía palpitantes has de darme a sorber la roja ofrenda de tu sangre. ¡Que en ti encuentre el alimento de horrenda bestia! Y una vez consumido en vida, te arrastraré bajo tierra, para que expíes con tormentos tu acción matricida.

Allí veras que si algún otro mortal pecó ofendiendo impía- mente a un dios, a un huésped o a sus padres, todos tienen el castigo que en justicia se merecen.

Gran juez de los mortales es Hades bajo tierra, y todo lo ve y registra en su mente.

ORESTES: Yo, enseñado en la desgracia, conozco muchos ritos de purificación y cuándo es justo hablar e igualmente callar; y, en este presente caso, he recibido de un sabio maestro la orden de hablar; pues la sangre de mi mano duerme y se desvanece, y está lavada la mancha de la muerte de mi madre.

Estando todavía fresca la he disipado con la ofrenda expiatoria de un cerdo en el hogar del dios Febo; y me sería muy largo de referir desde el principio a cuantos me



acerqué con un contacto inocuo. El tiempo, al envejecer, todo lo supera. Ahora, pues, con boca pura invoco reverentemente a la soberana de esta tierra, a Atenea, que venga en mi ayuda.

Ella, sin lanza, conquistará en mí y en el pueblo de la tierra argiva un aliado fiel en justicia y para siempre. Mas, ya sea que, por las regiones del país líbico, alrededor de las corrientes del nativo Tritón, vaya, de pie o sentada, en ayuda de los amigos; ya sea que, como un audaz jefe de guerra, inspeccione la llanura de Flegra, le ruego que venga pues un dios oye incluso de lejos y me libre de estos males.

CORIFEO: No, ni Apolo ni la fuerza de Atenea podrían salvarte de ir a la perdición, abandonado de todos, sin saber dónde hay un rincón de alegría en tu corazón, sombra sin sangre, pasto de las diosas. ¿No respondes, sino que rechazas, escupiendo, mis palabras, tú alimentado y consagrado para mí? Vivo, sin ser degollado en el altar, serás mi banquete; y ahora vas a oír el himno que te encadenará.

(Las Erinis rodean la estatua de Atenea y forman un círculo alrededor de Orestes.)



CORO: Ea, pues, entrelacemos una danza,
ya que estamos decididas a entonar un
horrendo canto y a decir cómo nuestra
tropa reparte los destinos entre los
hombres.

Creemos ser rectas justicieras, ninguna
ira nuestra acosa al hombre que presenta
manos puras y su vida transcurre sin
daño. Pero cuando un pecador, como éste,
oculta unas manos ensangrentadas,
entonces viniendo, testigos veraces, en
socorro de los muertos aparecemos al fin
como vengadoras de la sangre.

Madre que me diste a luz, ¡Oh madre
Noche!, para castigo de los muertos y de
los vivos, escucha.

Pues el hijo de Leto me priva de honores,
arrebatándome esta liebre, legítima
ofrenda en expiación de la sangre
marchitamiento de los mortales.

¡Esta es la tarea que la inflexible Moira me
asignó demencia!, alucinador, que pierde
el alma, el himno de las Erinis,
encadenador de los sentidos, sin lira,
marchitamiento de los mortales.

Esta es la tarea que la inflexible Moira me
asignó en perpetua posesión: acompañar



a los mortales que en su locura se han precipitado a crímenes consanguíneos, hasta que descienden bajo tierra, pero, incluso muertos, no serán del todo libres.

Pero para la víctima he aquí nuestro canto, demencial, alucinador, que pierde el alma, el himno de las Erinis, encadenador de los sentidos, sin lira, marchitamiento de los mortales.

Ya al nacer nos fue asignada esta función que rehúyen las manos de los dioses. Ninguno toma parte en nuestros banquetes. Pero estoy excluida de las ropas blancas, no son cosa mía.

Me incumbe la destrucción de las casas cuando Ares, doméstico, mata a un pariente. Entonces, ¡ah!, le perseguimos y, por poderoso que sea, le anonadamos por efecto de la sangre reciente.

Nos damos prisa en quitar a otro estos afanes, en procurar la inmunidad de los dioses con mis cuidados, para que no hayan de instruir proceso. Pues Zeus ha juzgado indigno de su audiencia la abominable estirpe de los que gotean sangre.



Me incumbe la destrucción de las casas cuando Ares, doméstico, mata a un pariente. Entonces, ¡ah!, le perseguimos y, por poderoso que sea, le anonadamos por efecto de la sangre reciente.

Las glorias humanas, aun las más augustas bajo el cielo, se derriten y consumen por tierra, humilladas ante el asalto de nuestros negros velos y las maléficas danzas de nuestro pie.

Saltando con vigor desde lo alto, dejo caer pesadamente la fuerza de mi pie, y se quiebran las piernas de los ágiles corredores, desgracia insoportable.

Cae, sin saberlo, en el delirio pernicioso; tales tinieblas extienden sobre el hombre su crimen; y una voz de muchos gemidos proclama que una bruma sombría envuelve toda la casa.

Saltando con vigor desde lo alto, dejo caer pesadamente la fuerza de mi pie, y se rompen las piernas de los ágiles corredores, desgracia insoportable.

Así permanece nuestro destino: ingeniosas, tenaces, memoriosas de los males, inexorables a los mortales somos las Venerables, que cumplimos un oficio



despreciado y deshonoroso, separadas de los dioses en la mansión tenebrosa, tarea nefasta por igual a los que ven la luz del sol y a los que están privados de ella.

¿Quién de los mortales no siente respeto y temor al oír la ley que nos ha fijado la Moira y que han ratificado los dioses? Conservo mi antiguo privilegio y no permanezco sin honores, aunque tengo mi lugar bajo tierra y en tinieblas sin sol.

(Se aparece Atenea.)

ATENEA: Desde lejos he oído el clamor de una voz, desde el Escamandro, cuando tomaba posesión de la tierra, espléndida porción de los tesoros conquistados a punta de lanza, que los caudillos y príncipes de los aqueos me asignaron del todo y para siempre, presente escogido para los hijos de Teseo.

Desde allí he venido moviendo un pie infatigable, sin alas, haciendo resonar el seno de la égida, después de haber uncido este carro a potros vigorosos. Y ahora al ver esta tropa nueva en este país, no tiemblo, pero un asombro se ofrece a mis ojos.



¿Quiénes sois? A todos en común lo digo: a ese extranjero sentado junto a mi estatua y a vosotras que no os parecéis a ninguna raza humana: ni los dioses os ven entre las diosas ni por la forma sois semejantes a los mortales. Pero hablar mal de los demás sin motivo de reproche está lejos de lo justo y permitido.

CORIFEO: Lo sabrás todo enseguida, hija de Zeus: somos las sombrías hijas de la Noche, y en las mansiones subterráneas somos denominadas las Imprecaciones.

ATENEA: Ya sé vuestro linaje y el sobrenombre que os dan.

CORIFEO: Pues ahora pronto sabrás mis honores.

ATENEA: Podré enterarme de ello si hablas un lenguaje claro.

CORIFEO: Echamos fuera de sus casas a los asesinos.

ATENEA: Y para el asesino, ¿dónde está el término de su huida?

CORIFEO: Donde la alegría es por completo desconocida.



ATENEA: Así, ¿es ésta la huida a la que, con tus gritos, condenas a este hombre?

CORIFEO: Sí, porque creyó justo ser él asesino de su madre.

ATENEA: Pero ¿lo ha hecho por necesidad o por miedo a la cólera de alguien?

CORIFEO: ¿Qué aguijón puede obligar a matar a una madre?

ATENEA: Estando presentes las dos partes, sólo he oído la mitad de la causa.

CORIFEO: Pero él no quiere ni aceptar ni prestar el juramento.

ATENEA: Tú prefieres pasar por justa más que serlo.

CORIFEO: ¿Cómo? Explícate, pues no carecemos de sabiduría.

ATENEA: Quiero decir que con juramentos la injusticia no triunfa.

CORIFEO: Entonces interroga y pronuncia una sentencia justa.

ATENEA: Así, ¿me confías a mí la decisión de la causa?



CORIFEO: ¿Cómo no? Té honro dignamente tal como té mereces.

ATENEA: ¿Qué quieres responder por tu parte, extranjero, a estas acusaciones? Mas, dinos tu país, tu linaje y tus desgracias y luego defiéndete dé este reproche. Si confiando en ¡Ajusticia té has sentado, abrazándote a mi imagen, cerca de mi hogar, venerable suplicante a la manera de Ixión, responde cumplidamente a todas mis preguntas!

ORESTES: Soberana Atenea, ante todo voy a eliminarte una gran preocupación qué sé desprende dé tus últimas palabras: no soy culpable ni con manos impuras me he sentado junto a tu imagen.

Té daré dé ello una gran prueba: es ley qué él hombre manchado no habló con nadie hasta qué efusiones dé sangré expiatoria dé un animal recién nacido le ensangrenten por obra dé un varón. Hace tiempo qué me he purificado en otras casas, con víctimas y con líquidas corrientes. Así, digo, quítate dé encima esta preocupación.

En cuanto a mi linaje vas a saberlo en seguida. Soy argivo, y mi padre, bien le conoces. Agamenón, jefe del ejército naval



con él qué hiciste qué Ilión, la ciudad dé los troyanos, desapareciera como tal ciudad. Falleció sin gloria este monarca, al regresar a palacio: mi madre, dé negro corazón, lo mató envolviéndolo en intrincados lazos qué testimoniaban él asesinato en él baño.

Yo, volvía a la patria, pues antes estuve exiliado, maté, no lo niego, a la qué me dio a luz, muerte con muerte pagando en venganza dé mi queridísimo padre.

Pero dé estos hechos, juntamente conmigo, es responsable Loxias, qué me predijo sufrimientos, a manera de agujones dé mi corazón, si dejaba dé cumplir alguna dé sus órdenes contra los culpables. Tú juzga si he obrado o no justamente: cualquiera que sea tu sentencia me someteré a ella del todo.

ATENEA: El asunto es sumamente gravé, si algùn mortal cree poder juzgarlo; pero tampoco me es lícito resolver en causas de muerte perpetradas en un arrebató dé ira, máxime cuando, realizado todo rito expiatorio, té presentaste como suplicante puro y sin daño para mi morada, y cuando té admito en mi ciudad libré dé culpa.



Mas éstas tienen una función no fácil de aplacar, y si no consiguen un resultado victorioso, luego él veneno de su corazón, cayendo sobre este país, será un perpetuo e intolerable azote.

Tal es la situación: lo mismo si se quedan que si las expulso, es causa de graves dolores, es difícil para mí. Con todo, ya que el asunto ha llegado a tal extremo, escogeré jueces de la sangre vertida, obligados por juramentos y constituiré un tribunal para siempre.

Ahora vosotros llamad a los testigos y las pruebas, auxiliares juramentados de la justicia. Cuando haya escogido a mis mejores ciudadanos, volveré para que decidan este caso verídicamente, sin transgredir en nada los juramentos con ánimo injusto.

(Sale Atenea.)

CORO: Hoy habrá un desquiciamiento por obra de las leyes nuevas, si triunfa la causa y la ofensa de este matricida. Esta acción armonizará a todos los mortales con la licencia: muchas, en verdad, dolorosas heridas, abiertas por los propios hijos, aguardarán a los padres con el tiempo.



Porque ninguna ira de las ménades que vigilan a los mortales perseguirá estos desmanes; dejaré realizar todo destino de muerte. Uno irá preguntando a otro, mientras cuenta los males del vecino, el fin o el alivio de estas miserias, y en vano se consolarán, desgraciados, con remedios no seguros.

Que nadie herido por la desgracia me invoque, pronunciando estas palabras: «Oh Justicia, oh trono de las Erinis». Quizá un padre o una madre, recién ofendidos, gemirán lastimosamente, puesto que se hunde la morada de la justicia.

Hay casos en que es bueno el temor y, guardián de los corazones, debe permanecer entronizado. Es difícil aprender la sensatez bajo el dolor. ¿Quién, pues, ciudad o mortal igualmente, si en su corazón nada teme bajo el sol, podrá venerar la justicia?

No alabes ni una vida anárquica ni sometida a un déspota. A toda medida otorga Dios el poder; lo demás lo gobierna de otra manera. Digo una verdad oportuna la insolencia es hija, en verdad, de la impiedad; pero, de una sana mente



nace la dicha, de todos querida y tan invocada.

Ante todo, te digo: venera el altar de la Justicia. Ni al ver una ganancia lo ultrajes con un puntapié impío. Pues el castigo vendrá: el fin permanece soberano. Así coloca en primer lugar de honor la reverencia a los padres y respeta los derechos de los extranjeros que se acogen a tu casa.

Aquél que, de grado, sin coacción, es justo, no será desgraciado y no perecerá del todo. Mas el rebelde audaz que lleva una carga de tesoros injusta y violentamente acumulada, lo afirmo, con el tiempo amainará velas, cuando, roto el mástil, se apodere de él la angustia.

Llama a los que nada oyen, en medio del irresistible torbellino. Y el Destino se ríe del hombre insolente, viendo a aquél, que jamás se lo esperaba, abatido en medio de males sin remedio e incapaz de saltar por encima de la cresta de la ola. Su dilatada felicidad de antaño lo ha lanzado contra el escollo de la Justicia, y parece sin que nadie lo llore, sin que nadie lo vea.



**Has llegado al
límite de
lectura.**

**Compra este
producto virtual
o suscríbete en
la biblioteca
para liberar la
mayoría de las
descargas.**